

la obra intitulada *Congreso de Panamá*, haciendo presentir á Roma la gravedad y novedad de la posicion en que la revolucion de la América iba á colocarla. Apenas acabábamos de trazar en aquel escrito la inminencia de este gran debate, cuando Méjico dio al público el plan de las condiciones bajo las que se hallaba resuelto á tratar con Roma. Desde entónces, hubimos de convertir, en una discusion regular, las indicaciones que hasta allí nos parecian ser suficientes; y extendiéndose esta tarea, nos ha puesto en estado de explanar unas ideas en las que creemos que el catolicismo, Roma, y la América tienen igualmente interes: no lleva nuestra tarea otro objeto.

---

## CONCORDATO

DE LA

## AMÉRICA CON ROMA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

Los cismas y su diversa naturaleza.

La palabra cisma, que, en su comun acepcion, significa separacion, division entre cosas unidas anteriormente, en su aplicacion á las materias religiosas quiere decir separacion entre los miembros del mismo culto, y, entre los cristianos, significa separacion de los católicos y de su gefe, que es el Papa, como gefe de la unidad católica. Por medio del cisma, se rompe esta unidad, y se trasladan á otra parte el principio y reconocimiento de la autoridad. Así, entre los judíos, despues de la separacion de las tribus, cuando las unas sacri-

ficaron en Jerusalem, las otras en Samaria, hubo cisma en Israel; el órden religioso se dividió en dos partes como el político: hubo un reino de Israel y un templo en Samaria, como un reino de Judá y un templo en Jerusalem. Pero allí, como en otras partes, los que se separan, los *menores* de la familia, se llaman cismáticos; por lo mismo los samaritanos fueron los cismáticos entre los Judíos. El mahometismo tuvo su cisma, por su division entre las sectas de Ali y Abubekre. Allí tambien, como en otras partes, se aborrecen, y se devuelven unos á otros las injurias de estilo entre los cultos separados. El cisma puede ser de tres especies.

1.º Acompañado y resulta de division en la creencia religiosa. Así estando la heregia seguida siempre de la separacion de la Iglesia, hay cisma por el mismo hecho de haber condenacion de heregia; pero como lo principal se lleva tras sí lo accesorio, los disidentes, en este caso, retienen el nombre de hereges.

2.º El cisma proviene de la separacion de la obediencia de Roma, como centro de la unidad, así como esto se verificó en el cisma de los Griegos, que retuvieron su nombre de cismáticos, á causa de que la separacion era lo que dominaba en su contienda con Roma; mientras que los protestantes y demas contradictores de los dogmas católicos, se llamaron hereges, á causa de que su separacion fue una resulta del error en la doctrina, mientras que los Griegos erraron en la doctrina por tener y mantener motivos de separacion;

3.º El cisma puede ser extraño á la creencia establecida entre los secuaces de la misma doctrina, pero no de la misma persona: lo que se verificó en el gran cisma de Occidente. La cristiandad no se dividió sobre la fe, sino sobre sus gefes; en otros cismas, la separacion provenia de la division sobre las cosas, y él era entonces real. En la época del gran cisma de Occi-

dente, la separacion consistió en el reconocimiento de la legitimidad del gefe de la Iglesia, y ella fué entónces personal. Por lo mismo, luego que se hubo fijado y reconocido de comun acuerdo esta legitimidad, todo en la Iglesia volvió á su ordinario curso, y no hubo que condenar ni corregir error ninguno, sino solamente que mostrar una persona..... lo cual ocurrió despues del concilio de Constanza. Se desapareció el cisma, luego que reunida la Iglesia en consejo pleno, y usando de su suprema autoridad, como la tiene toda sociedad en los casos extremos, hubo proferido aquella palabra ante la que debe rendirse toda resistencia, palabra superior á cualquiera otra: *mi gefe es este... el que no es con él, es contra mí; el que no recoge con él, disipa.*

---

## CAPITULO II.

### Causas de los cismas.

Es menester reconocerlo, el antiguo mundo religioso, bajo los aspectos de la paz y de carencia de disturbios dimanados del culto, fué mas feliz que lo ha sido el nuevo. Este, desde su formacion, presentó un teatro habitual de contenciones y controversias desconocidas casi siempre de aquel; especialmente, estuvo exento de aquellas violentas divisiones que no cesaron de despedazar la familia cristiana. No vemos que los sacerdotes de la Grecia hayan disputado con los de Roma, y anatematizado mutuamente; tampoco vemos á los druidas y sacerdotes de Egipto condenarse entre sí, ó esforzarse á quitarse sus sectarios: parece que satisfechos ellos con los efectos del culto sobre lo moral del hombre, daban poco valor al modo que los producía.

Esta ilustrada tolerancia encerraba una grande leccion, de la que es muy sensible que nos hayamos aprovechado tan poco. Si el espíritu belicoso y político de los antiguos fué tan ardiente, tan turbulento como el de las edades que se siguiéron, su espíritu religioso fué incomparablemente mas pacífico. El culto de aquel tiempo, aunque totalmente uniforme en la mayor parte de las naciones, no admitia centro comun, ni dependencia gerárquica, como lo hace el culto cristiano, que se dió de este modo á sí mismo un principio de division que no se hallaba en los elementos de los demas cultos. Estos eran mas flojos, si podemos hablar así, por no enlazarse juntamente por medio de un vínculo comun que aprieta todas las partes, y atrae incesantemente hácia el centro las que miraran á apartarse de él. Es una de las perfecciones del catolicismo, vínculo indisoluble, pero tambien es uno de sus escollos; porque

todo tiene su compensacion, y el oro mismo no está sin liga, ni el diamante sin algun punto propio para debilitar su brillo. Lo mismo sucede con la union requerida entre las partes del catolicismo; extendiéndose este á todas las partes de la tierra, hubo de experimentar todos los inconvenientes anejos al espacio y difusion. El espacio no hace nada para la creencia, puede creerse una misma cosa en los lugares que no tienen relacion ninguna entre sí: *la fe* no conoce lejanía ni proximidad: pero el espacio es desuma consecuencia con respecto á la administracion diaria; esta tiene necesidad de una conservacion de cada hora, y en esto se hallan los inevitables efectos de la distancia. Así es como, en el órden político, las provincias inmediatas al centro del gobierno sienten mucho menos el peso de la sujecion, que las que se comunican á larga distancia con él. La proximidad es muy favorable para la independencía; los hombres sufren con ir

léjos, y á una parte en que estan ignorados, en busca de lo que pueden hallar al lado suyo y en donde son conocidos (1). Por lo mismo todas las tentativas de independencia van motivadas sobre embarazos originados de la distancia, y realizadas por las facilidades que esta presenta para sacu-

(1) Vease lo que acaba de ocurrir en la república de Colombia. ¿No solicitó el general Paez, á titulo de distancia de la residencia del gobierno, la separacion de Venezuela del reino de la Nueva Granada, en que reside el gobierno central? Algun tiempo mas, y se verá si los Estados Unidos no se desunen y se forman en tres partes: 1.º toda la antigua confederacion; 2.º la Luisiana; 3.º la vasta extension que abraza desde los montes Aleganis hasta el rio Colombia, espacio inmenso que no puede regirse como corresponde por el gobierno residente en Washington. ¿No son, en Turquía, los bajáes de Damasco, Bagdad, y Egipto, quienes se sublevan con mas frecuencia contra la Puerta, y afectan la independencia?

dir el yugo de una lejana autoridad. La historia es el monumento de la verdad de lo que estoy sentando; y el grande ejemplo de las dos Américas, igualmente dichosas en su rompimiento con las metrópolis de Europa, suministra el complemento de esta demostracion. Si se hallara distante de Constantinopla la Grecia, seria esta, ha ya mucho tiempo, libre; y separado el Vendéa por dilatados espacios de la Convencion, no se hubiera rendido á su yugo. Las semillas de la independencia no brotan á la vista é inmediaciones de la autoridad, como léjos de sus miradas y alcance. Si recorremos la historia, verémos que el mayor cisma conocido, el de los Griegos, se efectuó de este modo. Cuando pasó el imperio á Constantinopla, el gefe del culto de la ciudad imperial no tardó en sopor-  
tar impacientemente el yugo de Roma, y en sacudirle por último. Los patriarcas de Constantinopla, para conseguirlo por medio de una profana mixtura de lo espiri-

tual con lo temporal, dolencia del ingenio humano hace ya mil y quinientos años, pretendieron que la gerarquía eclesiástica seguía los grados de la política, y que, supuesto que la autoridad del imperio había pasado de Roma á su ciudad, la había seguido allá la eclesiástica. Así no temieron hacer dependiente de la potestad política la espiritual, sujetarla á sus pasos, y además independiente de los poderes, ser el servidor de otro poder, rigiéndose por otras leyes que él, ejerciéndose sobre otros objetos, y dirigiéndose hácia otro fin. Por otra parte, cosa particular del catolicismo, habiéndose elevado la autoridad de un gefe, por diversas causas, á un grado desde donde dominaba sobre todas las demas autoridades terrenas; no pudiendo dejar de acrecentarse la propension innata en el hombre hácia la autoridad; acrecentándose en el hecho con arreglo á los grados de esta misma autoridad, hubo de encenderse una ambicion ardentísima

entre los que podían conseguirla, como también un vehemente deseo de conservarla despues de haberla adquirido; es lo que se nos representa en toda la historia de los Papas, monumento el mas sobresaliente de ambicion humana; y lo que se manifestó del modo mas violento en el gran cisma de Occidente.

Vióse allí que diversos competidores encarnizados no vacilaron entre el incendio de la Iglesia, y el sacrificio de un puesto á que los habían llamado unos votos equivocados; y no fué obra de un dia, sino que, por espacio de cincuenta años, presentó la Iglesia al mundo el espectáculo de su familia dividida por las manos que debían mantenerla reunida, y de la incertidumbre del punto en que se hallaba el centro de la unidad católica. Esto no hace nada para lo substancial del catolicismo, porque este no se deriva de los hombres; pero le administran ellos, y en esto hallan lugar y se hacen resentir sus pasiones. Los hombres

en cuerpo no se separan de los atributos de la humanidad; el someter las pasiones á la regla del deber, es el patrimonio de algunos solamente; son los privilegiados de la especie; los restantes, cualquiera puesto que ocupen, y cualquier vestido que traigan, van caminando por la senda comun; es la ley igual de las aras, cetro, y toda condicion. La ambicion separó la Grecia de Roma; la lujuria aceleró la separacion de la Inglaterra, y la consumó; los excesos de Roma separaron de ella el norte y parte de la Alemania. En estas ocasiones, la humanidad con sus pasiones obra segun los influjos y facilidad de los tiempos; en estas ocasiones, no pertenece todo á los actores visibles, y locales; el mal dimana con frecuencia de mas léjos: el tiempo formó nuevas relaciones; las que, sucesivamente, formaron nuevas impresiones, nuevas necesidades, nuevas fuerzas y luces. Estos progresos encierran muchas exigencias; si ellos se

ocultan á unos ojos distraídos, si se observan insuficientemente por otros débiles ó fascinados, pueden seguirse calamidades mayores; porque mas de un camino, como se ha visto, puede conducir á la independencia en el orden político, al cisma en el religioso. Vamos á mostrarlo en una sucinta narracion de los cismas que dividiéron el catolicismo. El tiempo presente ocupadísimo, y con exceso, en discusiones religiosas, la naturaleza misma de la cuestion que examinamos, nos persuaden de que ceñida esta narrativa á lo que todo hombre, por poco instruido que se halle, puede desear conocer sobre estas materias, halla su lugar natural aquí. Quizas tambien no carece de utilidad el mostrar, por medio de una serie de hechos de la mas relevante clase, que los clamores que se suscitan al aspecto de la menor mudanza en un orden establecido, cualquiera que él sea, no corresponden á la gravedad de semejantes cuestiones, y que casi siempre es

menester investigar las causas de semejantes innovaciones léjos de las que vulgarmente se asignan. La siguiente exposicion será la prueba de ello.

---

### CAPITULO III.

#### Cisma de los Griegos.

Miguel III reinaba en Constantinopla (1). El nombrar á un emperador griego, es casi siempre personificar el idiotismo mezclado

(1) Prevengo que, en cuanto concierne al cisma de los Griegos, he seguido, por única guia, á M.<sup>o</sup> Le Beau, autor de la *Historia del Bajo Imperio*. Es un autor grave, pio, y muy á cubierto contra toda sospecha de filosofia: tan léjos de ello, su fe podria notarse á menudo de credulidad y simplicidad. Su testimonio y juicios, en casi todas las ocasiones, son pues irrecusables. Procederé del mismo modo á proporcion que vaya hablando sobre los demas cismas, cuidando de no apoyarme sino sobre las relaciones y juicios de los autores mas recomendables entre las personas pias y monárquicas; es